



Manuel González Prada

Por Málaga Grenet.

* * *

Manuel González Prada

Por Carlos FERNANDEZ SESSAREGO

(En el Rep. Amer.)

Creemos un deber el recordar a uno de los más prestigiosos escritores con que cuenta América. Manuel González Prada ocupa, sin lugar a dubitación, peldaño cimero en el concierto literario de nuestro joven continente. Su figura enhiesta, pura, refulgente, destaca con letras de molde entre los que se dedicaron arduosamente, generosamente, al cultivo de las letras. Su nombre, su prestigio immaculado, tramontó los linderos de su patria, el Perú, y se alinea junto a un Martí, al lado de un Sarmiento, de un Hostos, de un Juan Montalvo. Con ellos comparte la veneración que América brinda, cumpliendo un deber de alta justicia y reconocimiento a los verdaderos maestros, a los forjadores de patrias nuevas, de nacionalidades vigorosas y definidas.

Trabajador incansable cual el autor de *Facundo*, hombre de avanzada cual Martí, ha dejado tras de sí la estela luminosa de su ejemplo, de su vida. Toda una generación inquieta y renovadora, lo reconoce como a un maestro, lo honra como a un penate. Aquilata en él el desprendimiento con que luchó denodadamente por una patria mejor, el tesón con que persiguió un ideal. Admira el calor que puso en sus afirmaciones. Reconoce lo rectilíneo de su vida y lo provechoso de su obra perdurable. Solamente las generaciones que vinieron tras su huella, rastreándola, pudieron comprenderlo y asimilar el mensaje que encarnaba su obra, interpretando y exaltando su vida, dedicada por entero a levantar el edificio sólido de la patria nueva. Hoy rendimos modesto y pá-

lido homenaje a su memoria.

No sólo es la obra lo que vivamente interesa en González Prada. Su vida, sabiamente trazada e intensamente vivida, corre paralela a su obra. No bastaría por eso un análisis más o menos exhaustivo de su producción varia para imbuirse de gonzález-pradismo. Es necesario seguir paso a paso el transcurrir de este egregio peruano. Es conveniente enfocar, con lente luminosa, todos y cada uno de los instantes de su prolífica existencia. La obra en él es imagen de su vida, que se nos presenta con una claridad de perfiles asombrosa. Es por eso necesario, además de bucear en el hontanar de sus obras, acompañarlo a través de su trayectoria cargada de pureza, honradez, y coraje. Es por eso que se hace imprescindible al hablar del autor de *Páginas Libres*, hacer una crítica biográfica. Sólo así se hace plena justicia a su nombre.

Don Manuel pertenecía a familia aristocrática y de notoria figuración en la Corte Española. Entre sus antepasados se contaban un paje de Su Majestad, un Secretario del héroe de Lepanto—don Juan de Austria— un Secretario de Estado de Felipe II. Su abuelo, don Josef, vino a América en pos de aventuras, tras hazañas gloriosas. Por cierto que no olvidó traer entre su equipaje recomendaciones de valor que le permitieron desempeñar destacados puestos en la vida administrativa de las colonias hispanas. Combatió y derrotó a las huestes patriotas que empuñaron en Huánuco, el año de 1812 las armas, para luchar por la in-

dependencia del Perú. El puente de Ambo fué escenario del ahogo de este grito libertario. ¡Quién diría que años más tarde sería un nieto suyo quien rompiera el cordón umbilical que aún nos ataba a España! Don Josef no pudo soportar la realidad que se cernía, incontenible, sobre América. La pérdida de las colonias fué un golpe duro para España y para él. El año de 1829 expiraba y pasaba a mejor vida este acérrimo y leal monarquista.

Su hijo, don Francisco González de Prada y Marrón de Lombera, vivió en plena época republicana. Magistrado graduado en la docta Universidad de Chuquisaca, siguió la trayectoria ideológica de su progenitor. Fué un conservador convicto, amigo del gobierno fuerte y caudillesco, aristocrático. Tuvo cuatro hijos de madre sumamente católica. Francisco, el mayor, frecuentaba con viva complacencia, salones nobiliarios. Isabel, la menor, conventos.

La señorial Lima, la ciudad de la misteriosa tapada colonial y del cuartelazo republicano, fué testigo de la dicha que reinó un día de Reyes del año 1848 en el hogar opulento y conservador de los esposos González Prada y Ulloa. Manuel González de Prada y Ulloa creció en un ambiente eminentemente conservador, teñido de un fuerte color clerical.

De niño fué rebelde, silencioso, algo tímido tuvo en los perros sus mejores compañeros de juegos y aventuras.

Por motivos de orden político su familia emigró a Chile. Estudió, durante los dos años que permanecieron en Valparaíso, en una escuela que regentaban un inglés y un alemán. Aprendió los dos idiomas. Esto le permitiría, años más tarde, traducir a los poetas ingleses y alemanes y conocer en esta forma, de primera mano, de manera directa, sus obras. Recibió una instrucción clásica. La vida de puerto influyó seguramente en su espíritu. El ambiente portuario, con sus dilatados horizontes, invita a la libertad.

Retornó con su familia al solar materno. Ante su mirada de adolescente se presentaba una disyuntiva: cuartel o convento. El sacerdocio y la milicia eran en aquellos tiempos, las profesiones más aristocráticas y de mayor prestigio. El seminario lo cobijó por algún tiempo. Pero la vida religiosa, conventual, no era la que más se adaptaba a su carácter; fugó y se matriculó en el Colegio de San Carlos. Alumno aprovechado en química, no lo fué en gramática, retórica y preceptiva. Durante su vida de colegial se había dedicado a componer algunos dramas y a traducir versos del alemán y del inglés. Sin embargo, engañándose a sí mismo, creía encontrar su vocación en la ingeniería. Por no haber escuela técnica en la capital peruana tuvo que enrumbar al derecho. Escollo insuperable fué el Derecho Romano. Contra él se estrelló Manuel y abandonó su carrera.

De cuando en cuando escribía algunos versos o componía una pieza teatral. En aquella época se seguían las pautas puestas por Espronceda, Musset, Becquer. González de Prada inició la corriente de acercamiento a los líridas alemanes. Heine y Schiller, se contarían entre los que se acercaron a Prada.

Ocho años vivió apartado del tumulto de la ciudad capitolina. Ocho años convivió en contacto íntimo con la naturaleza dedicado a la agricultura y a la química, a su querida química. Y de vez en cuando unos versos producto de su soledad, dejaban entrever al poeta. Mucho lucharon sus amigos para que se animara a publicarlos. Al fin lo hizo. Debajo de